



Seix Barral

Iida Turpeinen

La bestia del mar





Seix Barral Biblioteca Formentor

Iida Turpeinen

La bestia del mar

Traducción del finés por
Luisa Gutiérrez Ruiz

Título original: *Elolliset*

© Iida Turpeinen, 2023

Publicado originalmente en finés por Kustantamo S & S. Publicado de acuerdo con Helsinki Literary Agency y Casanovas & Lynch Literary Agency

© por la traducción, Luisa Gutiérrez Ruiz, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com



Primera edición: junio de 2025

ISBN: 978-84-322-4860-3

Depósito legal: B. 10.079-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Todos estos tesoros de la naturaleza, que en sus tres reinos están contenidos, que el supremo Creador tan ingeniosamente construye, permite que se multipliquen y sustenta con tal cuidado, parecen haber sido creados para el bien del hombre. En su beneficio, si no directamente al menos indirectamente, puede ser utilizado todo; no tienen este privilegio, sin embargo, otras criaturas. Con su razón doma el hombre a los animales más salvajes, persigue y atrapa a los más veloces y, es más, puede alcanzar incluso a los que se esconden en el fondo del mar.

LINNAEUS,
Oeconomia naturae, 1749

53°3'55"N, 158°37'32"E

PENÍNSULA DE KAMCHATKA, EXTREMO
ORIENTE DE RUSIA

1741

Todas las expediciones comienzan con una taza de té. El capitán Vitus Bering llena la taza y de ella bebe el doctor en Teología, naturalista y hombre extraño, Georg Wilhelm Steller. El capitán llena la taza, pues tiene una misión. El magnífico *imperator* lo exhortó a buscar una ruta marítima, a trazar un derrotero desde Asia hasta América, y Bering emprendió el viaje. Emprendió un viaje hace veinte años, dejó la costa y navegó hacia las inexploradas aguas del norte, pero la bruma era constante, el tiempo era malo, las reservas de agua se agotaron, y dieron media vuelta. Bering regresó con un mapa más preciso de Kamchatka, pero la esquina superior del mapamundi sigue estando vacía, y Pedro el Grande abandona este mundo sin

lograr saber dónde se perfila el borde del Nuevo Mundo.

El *imperator* muere, pero la idea no. Hay que intentarlo de nuevo e intentarlo mejor. La emperatriz Ana da la orden, y ahora en la bahía de Avacha flotan dos barcos: el Sviatoi Piotr y el Sviatoi Pavel, San Pedro y San Pablo. Cabe en ellos una tripulación de cien cabezas, veinte hombres se necesitan para manejar sus velas, a su alrededor se improvisan un puerto, barracones, talleres, atropelladas viviendas, todo, excepto los barcos, sucio, pequeño y frío.

Para la gran expedición al norte fueron seleccionados tres científicos, distinguidos eruditos de la nueva Academia de Ciencias de San Petersburgo. Fueron equipados generosamente. Los acompañaba una comitiva de seis ayudantes, seis topógrafos, dos dibujantes y trece soldados, un intérprete, un médico, un técnico, un tamborilero, guías, remeros y porteadores. Llevaban consigo una biblioteca científica que comprendía cientos de volúmenes, nueve trineos cargados de instrumental, cuatro telescopios, cinco astrolabios, veinte termómetros, veintisiete barómetros, doscientos dieciséis caballos y también barriles de vino del Rhin de gran calidad. Abandonaron la capital entre solemnes festejos, primero a la comitiva le deparaban ocho mil kilómetros de Siberia, luego, el mar desconocido.

Cuando los catedráticos llegan a Yeniseisk, ya llevan varios años viajando. Años largos y arduos, y aún no han recorrido siquiera la mitad del camino. En Yakutsk su vivienda se incendia y con ella arden las muestras y las notas. Años de trabajo convertidos en cenizas flotando por el cielo, y todos comienzan a hartarse. El astrónomo riñe con el etnógrafo, y cuanto más al este marchan, peor va todo, y finalmente llega la decisión. Los profesores escriben a la Academia, piden ser relevados de sus funciones y no aguardan la respuesta, dan media vuelta a sus caballos y se dirigen al oeste.

Los naturalistas del capitán han puesto rumbo a casa, pero en su camino se topan con un científico a quien la miseria de Siberia no parece afectarle. Al peculiar hombre no le preocupan polvos o pelucas, bebe la cerveza y el hidromiel en la misma taza, pero es eminente en su trabajo, habla con conocimiento sobre los pájaros y las hierbas que soportan el frío del este. El profesor Gmelin lo recomienda para que lo sustituya, y Bering hace lo propio. Escribe una carta amable y distinguida e invita a Georg Wilhelm Steller a que lo visite en el puerto de la bahía de Avacha.

Naturalista, doctor en Teología y hombre extraño, Georg Wilhelm Steller está sentado con buen porte en su silla. Se ha vestido con sus mejores galas, que no es mucho decir, cuatro años en

Siberia dejan huella en el estilo. Ha llegado en un trineo tirado por perros e intenta que no se le note lo bien que sienta un lugar seco y techado, un té fuerte, caliente. La Academia de Ciencias le ha encomendado la misión de cartografiar los animales, las plantas y las piedras preciosas de la península de Kamchatka, pero el este ha prendido un fuego en su interior. Steller ha visto las estepas y las montañas, ha cruzado el Baikal a remo, ahora quiere ir más lejos y ha solicitado permiso para navegar hasta Japón. Una expedición es una expedición, ¿no es cierto?, ríe el capitán, llena la taza del científico, y Steller se la lleva a los labios y traga.

Steller reúne sus pertenencias para partir, pero lo aguardan retrasos, obstáculos imprevistos. El abastecimiento de provisiones tarda más de lo esperado; las galletas marineras desaparecen de camino al puerto, tampoco llega el lote de repuesto, y los koriakos encargados del transporte se rebelan: acarrear cualquier cosa a los confines de Siberia requiere su tiempo, y el responsable del transporte, el comandante Kolesov, tampoco les facilita la labor. Es un hombre que se ocupa de todo mañana, pues hoy puede alzar un brindis, y Steller espera, maldice y espera, y prepara un estudio sobre los peces locales.

Steller aguarda cinco meses. Veinte lentas y viscosas semanas que podría haber empleado

investigando especies nunca antes vistas de Nippon, pero entonces llega el ansiado día. Falta parte del equipamiento, pero ya no pueden esperar más, han de partir para volver antes de las tormentas de otoño, y el 29 de mayo los barcos anclan en la bahía a la espera de tiempo propicio. El 4 de junio se levanta viento favorable, y el Sviatoi Piotr y el Sviatoi Pavel emprenden su viaje hacia Alaska.

Los mandos descorchan las botellas de champán. En las mejillas de los oficiales brilla un entusiasmo que Bering recuerda de su propio rostro cuando partió de viaje dos décadas atrás. Los jóvenes fantasean con las riquezas de tierras desconocidas, con las islas, las bahías y montañas que portarán su nombre, con la admiración y el respeto en los ojos de las hijas de los aristócratas, quizá en los de la mismísima emperatriz cuando relaten sus aventuras, pero Bering recuerda los monótonos días que tienen por delante, los menguantes suministros de alimentos y las noches de tormenta en las que rezan para salvar sus vidas de lo que parece una muerte segura. La última vez él era un hombre en la flor de la vida, pero ahora nota sus seis décadas; los jóvenes festejan, pero Bering reconoce la sombra en la mirada del maestro Khitrov. También él estuvo allí hace veinte años, sabe en lo que se embarcan.

El capitán abandona la compañía. No quiere brindar, necesita viento y mar y sube a cubierta. El puerto apenas se distingue ya en la costa, y detrás se dibuja el pico del Koryaksky sopka sobre la bahía en toda su grandeza. La vista es imponente, la puesta de sol hermosa, pero Bering le da la espalda y decide que pasará el resto de su vida en habitaciones calientes y confortables.

Steller es un naturalista instruido, pero no un caballero. Al hijo de un cantor de Núremberg no lo invitan a beber champán, así que se pone manos a la obra, anota las aves marinas y las hierbas transportadas por las olas. Ha estado observando las corrientes y ha hecho cálculos y, al ver al capitán, se apresura a su lado y le comunica su conclusión de que lo mejor sería corregir el rumbo del barco unas milésimas hacia el noroeste, pero el capitán observa la tierra alejándose y parece no oír sus palabras.

Abandonan la costa y la bruma envuelve el barco en un manto impenetrable. Solo lo atraviesa el grito de una fugaz ave marina, y la llovizna empapa la cubierta y las lonas, la ropa oprime la piel, pesada y húmeda, y nada mantiene ya el calor. Siete días de impenetrable y húmeda penumbra, pero por fin se levanta una brisa del sureste y la niebla se disipa. Suben a cubierta para ver el sol, pero una mala sensación se cuela en sus estóma-

gos. Frente a ellos se abre el mar vacío. Los barcos de la expedición se han dispersado en la niebla. Durante días buscan al Sviatoi Pavel, en vano. Uno de los santos ha desaparecido llevándose consigo a la mitad del equipamiento de la gran expedición al norte.

Las observaciones son abundantes. En las olas flotan plantas que solo crecen en aguas someras, Steller ve criaturas marinas y aves que nunca se aventuran lejos de la costa y describe las señales que ve a los mandos, los insta a cambiar de rumbo, pero los oficiales enarcan las cejas. ¿Cómo un hombre que está por primera vez en el mar se cree que sabe del mar más que ellos? El capitán no interviene en la discusión. No quiere disgustar a sus oficiales, cuentan con amigos en San Petersburgo.

Steller ve cómo uno de los oficiales traza la ruta en un mapamundi y se equivoca de mar, sitúa el barco en el océano Atlántico en lugar de en el Pacífico, y nadie corrige su error.

Entonces un animal sale a la superficie y Steller recuerda por qué aceptó el arduo viaje. La criatura mide dos codos de largo. Su piel está cubierta de pelo rojizo y su cabeza se asemeja a la de un perro. Tiene orejas erguidas y alerta, y ojos saltones, un bigote largo y flácido que recuerda al de un erudito oriental, pero su comportamiento es el de un

niño salvaje. Retoza, se sumerge y emerge a la superficie con una brizna de hierba en la boca, la lanza al aire y la atrapa entre los dientes. La marinera se amontona a observarlo y lo aplaude, pero Steller llama al mejor tirador de la tripulación, ese es el cosaco Foma Lepichin, y le ordena que dispare, y Lepichin dispara, pero la bala esquivo el corazón, perfora la piel pero sin arrebatarse la vida, y el animal se sumerge para no regresar más a la superficie.

Steller conoce los tratados y las narraciones de viajes, todos los catálogos zoológicos escondidos en las bibliotecas universitarias, pero a ese animal no lo conoce. Semanas de gaviotas y araos, y ahora deja que la primera criatura intrigante se le escape de las manos. No puede ser, y con su memoria recorre los estantes más absurdos de los gabinetes de curiosidades, hasta que por la noche, tumbado en la cama, descubre de qué se trata. Tiene que retroceder mucho en la historia, pero allí está: *Historiæ animalium*, el gran bestiario de Gessner, y el simio del mar danés, *Simia marina danica*, un cuerpo que termina en una cola serpentina, cuatro aletas ondulantes, una cabeza rebotada y carácter bobalicón, todo encaja, y Steller puede acostarse con la mente tranquila. Su ciencia no le ha fallado, aún sabe clasificar el mundo.

En el bestiario de Gessner coinciden lo real y lo imaginario: tigres, perros y rinocerontes corretean entre unicornios y sátiros. El simio marino se clasifica en el grupo de estos últimos. Es un *animal paradoxum* desconocido para la ciencia. El simio marino no se convertirá en un yeti ni en la excitante serpiente del lago Ness, pero el avistamiento de Steller no pasará desapercibido y las generaciones posteriores reflexionarán sobre sus palabras. Se ha sugerido que el animal que vio debía de ser un oso marino de aletas y rasgos deformes, pero eso es difícil de creer. A dicha especie Steller la conocía y alcanzó a observar al animal el tiempo suficiente, así que sería extraño que no hubiera reconocido un género animal tan familiar para él. Se ha sugerido también que el simio marino no sería en absoluto un animal, sino una caricatura de Vitus Bering, la pulla de un erudito frustrado hacia su capitán, pero, si se trata de una broma, ¿por qué Steller no definió mejor su burla?, ¿por qué describir las aletas y la cola si no se trata de un

animal, sino de una mofa hacia una persona? ¿Ve a un animal que conocemos con otro nombre? ¿O se topa con una criatura que se extinguió antes de que su cuerpo sumergido en alcohol etílico alcanzara a ser llevado a las academias del mundo para su identificación? ¿O tal vez un naturalista aburrido imaginó la criatura en las páginas de su diario para divertimento propio, para engañar a los que vendrían tras él? No lo sabemos.